

nunca dudó de que ese era el camino a seguir. En ese viaje contó durante años con el inestimable apoyo del culturalismo católico español que, al margen de las terribles experiencias vividas durante la guerra (terribles para los católicos y terribles también para tantos otros), demostró de paso cuán fuerte era su mentalidad tradicional. También contó Franco en su larga marcha con la asistencia de un sector nada desdeñable de las minorías preparadas del país, de las clases medias cualificadas, desde tiempo atrás cultivadas en las virtudes meritocráticas y en la necesidad de la «revolución desde arriba». A los primeros, Franco les aseguró la unidad católica de España —en la cual él mismo firmemente creía—. A los segundos, Franco les garantizó las condiciones que no habían logrado asegurar ni la Monarquía liberal, ni la dictadura militar de Primo de Rivera, ni la República democrática; esto era, la no interferencia de las masas. Eso fue suficiente. «El pueblo español, en su conjunto —apunta Redondo a este respecto—, nunca planteó mayores problemas a Franco. Se podrá considerar esto suerte o desgracia; en cualquier caso así sucedieron las cosas».

Álvaro FERRARY

Daniel ROCHE, *France in the Enlightenment*, Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1998, 723 pp.

John McMANNERS, *Church and Society in Eighteenth-Century France*, I: *The Clerical Establishment and Its Social Ramifications*; II: *The Religion of the People and the Politics of Religion*, Clarendon Press, Oxford 1998, 817 + 866 pp.

El libro de Daniel Roche, publicado en 1993 con el título *La France des Lumières*, aparece ahora traducido con eficaz elegancia por Arthur Goldhammer, ofreciendo un vasto panorama y una visión sinóptica de la civilización francesa en el siglo de las Luces; el de John McManners en dos sólidos volúmenes, nos regala con un análisis poco menos que asombroso de la Iglesia católica y de la vida religiosa de cuatro generaciones de franceses en el mismo siglo. Los dos representan lo mejor de la investigación historiográfica más reciente y están destinados a ser clásicos. Con casi dos mil páginas de texto, no son cosa de fin de semana, pero ningún estudiante del siglo XVIII puede ignorarlos.

Varias generaciones de historiadores han estudiado ese siglo en Francia buscando sobre todo los orígenes de la revolución de 1789, es decir, como si toda la centuria fuera un prelude a los acontecimientos que sacudieron el país como un terremoto brutal. Este punto de vista, por muy lógico y urgente que parezca al menos a primera vista, limita el correcto entendimiento de la época en sí misma, en su esencia y energía propia. La más reciente historiografía francesa evita esa perspectiva y el libro de Roche, eminente conocedor de la época, ofrece una sinopsis formidable y fascinante de la historia cultural de la Ilustración. Por su parte, el historiador inglés McManners, que ha dedicado toda su vida al estudio de la Iglesia en Francia durante esas generaciones «ilustradas», presenta un amplio y minucioso retrato de la vida eclesial y religiosa.

En otro libro famoso, Paul Hazard escribía que un día los franceses, o casi todos los franceses, «pensaban como Bossuet, y al día siguiente, como Voltaire». La historia es aún más fascinante para el lector europeo contemporáneo porque es la historia de una transformación, el nacimiento de una nueva civilización, y la nuestra es también una época transformadora como pocas. Roche establece todo tipo de conexiones que muchas veces iluminan toda una sociedad. Un principio básico para este historiador es no aislar los cambios de mentalidad (concienciación) de los cambios materiales, las mejoras en las condiciones de vida, tanto física como espiritual. Empieza, literalmente, con el mapa de Francia, con geógrafos y cartógrafos en una empresa de conocer y medir el reino francés; y termina su último capítulo con la ciudad de París como Capital del Siglo de las Luces. La primera parte se titula, «Tiempos, espacios, poderes», y luego empieza a poblar ese territorio y de esta forma empezamos a conocer la vida y la mente de campesinos y mercaderes, los pueblos y las ciudades, hasta la apoteosis del desarrollo urbano. El rey y las instituciones del gobierno son tema de la segunda parte («Poderes y conflictos»), y el desarrollo y cambios en la sociedad durante el siglo de las Luces es el objeto de la tercera parte.

El primer epígrafe de esta parte es «Vida triunfante» y la expresión se refiere primero al extraordinario crecimiento de la población y a un descenso de la mortalidad. Pero es también referente al triunfo sobre la naturaleza y a una nueva esperanza en el progreso científico. El optimismo utilitario (via Locke) tiene aquí sus raíces. La palabra progreso vendría más tarde, pero la idea se extendía ya por todas partes en el siglo XVIII francés. «A partir de entonces», escribe Roche, «se amonstaría a la humanidad a vivir más bajo el signo del cambio que bajo un orden eterno». Vida, libertad del individuo, consumismo y apariencias. Página tras página, en un asombroso despliegue de erudición (Roche parece haber leído todo lo que se publicó en Francia en esa centuria) se va componiendo un retrato del siglo de las Luces.

La descristianización o desacralización fue un fenómeno complejo y me alegra que Roche lo vea así, pues a veces se habla de él (en referencia al siglo XVIII o al XX) de una manera no sólo inexacta sino fatua. Roche defiende que lo profano y lo sacro siguieron unidos como lo habían estado en el siglo anterior, y que no se puede reducir a hacer un contraste del fervor de un siglo con la tibieza del que le siguió. A veces lo que llamamos descristianización no es sino purificación del evangelio. No hay duda de que en esa época se cuestionó en profundidad el poder del cristianismo y las ideas que éste arrastraba de tradición, autoridad, principio jerárquico, pero también se dió una transfiguración religiosa. Hubo una debilitación del conformismo religioso (aunque la práctica habitual alcanzó niveles sorprendentes que hablan con seguridad del triunfo del clero francés educando a sus feligreses), pero hubo también una intensificación religiosa. Muchos empezaron a entender el mensaje evangélico bajo una nueva luz, tal vez en una autocrítica del creyente y sus modos de pensar o hacer, y posiblemente como resultado precisamente, de las Luces de Francia. Al fin y al cabo, la Iglesia siempre ha predicado a Jesús como la luz del mundo. ¿Puede una luz ir contra otra? ¿No se hará más luz juntándose o enfrentándose? Muchas veces en la historia se llama «cristianismo» a un puñado de prácticas y doctrinas que en algunos casos tienen poco que ver con la verdad del Evangelio.

Voltaire y Rousseau aparecen como ejemplos de la manera en la que una parte de la sociedad ilustrada trató de resolver su ansiedad espiritual fuera de la Iglesia establecida. Los

dos inspiraron una religión individualizada en la que la intolerancia, dogmatismo e ignorancia eran enemigos mortales. El sentimiento reemplaza el fervor religioso tradicional y el divorcio con la cristianismo del pasado se hace más fuerte con tres conceptos que para Roche definen la época: felicidad, energía y ansiedad. Ni el conocimiento científico ni la fe en el progreso, ni los sentimientos nuevos hacia la naturaleza o la humanidad consiguieron eliminar la ansiedad en la gente. El punto es de gran interés y no es a menudo subrayado como se merece en la historia cultural de la época. «La batalla metafísica sobre la ansiedad apuntaba al tema central en el pensamiento de la Ilustración: ¿Dependía el hombre de un poder sobrenatural, Dios, o era Dios nada más que el nombre de una fuerza, libertad o gracia meramente humana?». La misma inseguridad se resolvió primero en una tendencia al absolutismo de la Ilustración. No sólo se convirtió en el Siglo de las Luces sino que muchos acabaron pensando en la arrogancia de que no había habido ni habría posiblemente ninguna otra Luz por los Siglos de los Siglos. Sin embargo, si veo yo alguna lección en la larga historia de la humanidad es ésta, que no hay nada más quebradizo que la soberbia. La crisis de confianza que llevaría al colapso total del *ancient régime* fue precedida por una exaltación del orgullo. Madame Guillotine se encargó del resto.

* * *

Los dos tomos de John McManners son más que un libro una verdadera enciclopedia de la vida religiosa y sus repercusiones sociales en cuatro generaciones de franceses del siglo XVIII. Además de la extraordinaria labor de investigación (fruto de una vida entera dedicada al estudio de esa época), dos características hacen de este libro un triunfo: la simpatía personal del autor por su tema, más comprensible sabiendo que él mismo es miembro del clero y capellán en la universidad de Oxford, y la generosidad cuando llega la hora de contar la historia de la Iglesia en Francia.

La extensión de su obra no es una manera de decirnos cuánto sabe, sino de ayudarnos a entender un mundo y una sociedad en muchas maneras muy distinto y lejano del nuestro. A través de un sin fin de datos y anécdotas (muchas de ellas inolvidables) llegamos a hacernos una idea más exacta de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, conocemos a los obispos, sacerdotes, abades, religiosos, monasterios, cementerios, y un largo etcétera que no deja hueco sin cubrir. Todo un capítulo está dedicado por ejemplo a los sermones y es una educación en sí mismo para el lector moderno. Otro, dedicado a los curas de pueblo, vibra con gran sentimiento y simpatía. Quizás no fueron exactamente una réplica de lo que la teoría de la Contrarreforma había diseñado, pero aparecen como líderes y servidores en sus comunidades, siendo al mismo tiempo pastores espirituales, protectores, reporteros, constructores, maestros de humanidad. El contraste con muchos obispos que eran obispos por su sangre azul, o con el famoso *abbé* de las ciudades, hace de estos curas de pueblo un retrato de heroísmo cristiano y humano. Este *magnum opus* termina con un capítulo dedicado a la «rebelión de los *curés*» y es un homenaje a quienes en definitiva fueron atropellados trágicamente por la Revolución. MacManners anota que tanto los historiadores de la izquierda atea como los de la derecha católica han pretendido ignorar esas raíces cristianas del ideal socialista. Es una pena porque, aunque se haya repetido esta verdad hasta la saciedad, si ignoramos la historia estamos condenados a repetirla.

No es la simpatía clerical la que hace de McManners un excelente estudioso de la Iglesia; es su escrupulosidad científica la que le lleva en muchas ocasiones a corregir descripciones que juzga en parte o del todo erróneas y hace de esta magnífica obra un clásico y un modelo para el historiador.

Álvaro DE SILVA

Bernardino DE SAHAGÚN, *Psalmodia christiana y Sermonario de los sanctos del año en lengua mexicana*, edición, introducción, versión del nahuatl y notas de José Luis Suárez Roca; prólogo de Miguel León Portilla, Diputación de León, Instituto Leonés de Cultura, León 1999, 415 pp.

José Luis Suárez Roca, doctor en Filosofía y catedrático de lengua y literatura española en el I.E.S. «Alvaro de Mendaña» de Ponferrada (León), es especialista en la investigación lingüística de los instrumentos catequéticos de los misioneros de la Nueva España; ha publicado la monografía *Lingüística misionera española* (1992) y diversos trabajos relacionados con la investigación lingüística y cultural llevada a cabo en el proceso de evangelización del México colonial.

Por primera vez tenemos en nuestras manos la famosa *Psalmodia* de Sahagún —la única que se publicó en vida del franciscano—, traducida al castellano; se presenta el texto nahuatl en las páginas impares y en las pares, el castellano, pudiendo cotejar fácilmente ambas versiones con notas de gran interés lingüístico y de mentalidad, muy claras e instructivas para quien desconoce el nahuatl. La *Psalmodia* estaba dirigida a los indígenas y a los evangelizadores; Sahagún siempre tuvo presentes a los naturales y la formación de sus colegas de evangelización para que conocieran bien la cultura y mentalidad de los mexicas. Fray Bernardino, formado en Salamanca, dedicó su vida al estudio de la lengua, cultura y mentalidad indígena, uniendo a su curiosidad humanística el deseo de que el mensaje evangélico llegara íntegro a los naturales. José Luis Suárez, autodidacta en el estudio del nahuatl, ha sabido captar ambas cosas: el afán evangelizador de Sahagún y su profundo conocimiento del alma nahua.

En su estudio introductorio el autor encuadra la *Psalmodia* dentro de toda la obra doctrinal de Sahagún, entendiéndola acertadamente como un instrumento más para la conversión de los naturales; él habla de la «interacción entre el pensamiento azteca y el europeo» para indicar el doble esfuerzo: hacer asequible a los europeos el gran legado cultural del México antiguo y a la vez hacer asequibles las verdades cristianas a los mexicas.

Nos transmite de forma precisa y muy bien documentada, cómo se compuso, las vicisitudes que sufrió la obra y las ediciones de la misma; su estructura, contenido y finalidad. La *Psalmodia* está dividida en dos partes: la primera, a modo de pórtico, es una breve doctrina cristiana. Me ha llamado la atención que el autor compare esta pequeña doctrina, que no pretende ser más que una introducción recordatoria —pues la finalidad son los canta-